

Una revelación

Bunny McFadden

Traductora: Claudia Medrano González

Parte I

Isra

—Sé algo que tú no sabes —susurró Isra con picardía.

Estaban en plena celebración de Räbeliechtlí. Madres rubias y delgadas, padres ceñudos y corpulentos peregrinaban por las calles formando hileras de gruesos abrigos negros. Todo el mundo se acercaba a ver procesar a los niños; aunque una brecha invisible y hostil parecía mantener a Isra y a sus amigos separados de la multitud. Ávida por compartir con sus compañeros las últimas noticias que había leído en redes sociales, Isra apenas reparó en los drones que los grababan desde el cielo o en cómo la gente a su alrededor parecía evitarlos. Nadie quería estar cerca de un grupo de adolescentes huraños durante la celebración de aquella tradición legendaria.

—¡He oído que en San Galo ya les han dado los boletines!

—Eso no puede ser —respondió su hermano, Mo, mientras se peleaba con el reloj digital.

Tenía declarada la guerra a las actualizaciones que dejaban campo abierto a los anuncios; aparecían y desaparecían de la pantalla venciendo cualquier bloqueador de anuncios.

—A nadie se lo han dado todavía. Mira que eres ingenua; te lo crees todo.

—Y tú un amargado.

Los gemelos cambiaron al turco y empezaron a discutir en voz baja mientras la procesión otoñal se abría paso por la Poststrasse. Mo alzó el brazo donde llevaba el reloj inteligente y gritó en inglés para que todo el mundo lo oyese:

—¡Sois todos unos ingenuos!

Varias madres lo reprendieron frunciendo el ceño, molestas por la interrupción.

—Soy el único que sabe utilizar software de encriptación.

—No empieces —le espetó Isra—. A nadie le importa tu estúpido software de encriptación.

—¿Estúpido? Al menos yo no me paso horas elaborando un *collage* de fotos para mi supuesta futura boda —masculló lo bastante alto para que su hermana lo oyera.

—Cállate. Me voy a perder la procesión.

Mo levantó la vista al cielo, exasperado; después volvió a centrar la atención en el reloj. Entretanto, Isra sonrió a un niño que pasaba junto a ellos. Iba disfrazado con un adorable traje negro de murciélago y se cubría el precioso cabello rizado con un gorro

del que sobresalían unas largas orejas de color lila. El pequeño obsequió a Isra con una amplia sonrisa desdentada; gesto que no pareció agradar a las madres que había alrededor, a juzgar por las miradas de desaprobación. Pero ella hizo caso omiso y optó por animar al crío.

—¡Lo estás haciendo genial!

—Parece que este al menos ha tallado el suyo —irrumpió Mila, que estaba a su lado ajustándose al cuello la bufanda roja de lana.

Isra ensanchó la sonrisa mientras contemplaba al niño. Pensó en un agradable día de verano y se imaginó enviándole la energía pura y cálida de los rayos del sol. Y parece que funcionó: el pequeño se giró para saludar al grupo de adolescentes que, entumecidos por el frío, se amontonaban envueltos en los abrigos. Con orgullo, el pequeño balanceó el farolillo —hecho con un nabo vacío, como marca la tradición— para mostrar la carita sonriente que había tallado en él.

Isra contempló a los otros niños que marchaban por el desfile. La mayoría eran muy pequeños, aún con las caras regordetas de bebé. Parecían tiernos corderitos, cubiertos con su traje de invierno. A partir de los seis años se los consideraba demasiado mayores para participar en la procesión, así que quedaban relegados a las casetas, donde vendían pequeños farolillos tallados al lado de los puestos de perritos calientes. Isra exhaló un suspiro. Invasión por la nostalgia, imaginó las mariposas que ella habría grabado en el suyo. La única ventaja de hacerse mayor era que podía bajar sola hasta el lago para ver el desfile.

Aunque no estaba sola. No del todo. Tenía a su lado a Mo, siempre con el ceño fruncido. Desde donde estaba casi podía sentir el pesimismo de su hermano, igual que un viento helado que arrasa todo lo que toca.

Mila

Mila hizo un gesto de disgusto cuando reparó en unos farolillos que había dispuestos sobre unas mesas colocadas junto al recorrido del desfile. Viendo los grabados, quedaba claro que los verdaderos autores de aquellos elaborados *räbenlichter* eran padres acomodados y poseedores de cuchillos de alto estándar. Su tío se burlaba de uno que había dispuesto sobre la esquina de la mesa mientras señalaba los puntillosos tulipanes y peonías que había tallados en la hortaliza, prueba incontestable de que un niño no podría haberlo hecho.

—¡Mira! —dijo Mila a la vez que apuntaba con el dedo al pequeño con piel morena que llevaba el disfraz de murciélago—. Al menos ese lo ha hecho él mismo.

El pulgar vendado corroboró su teoría.

—No puedo creer que a casi todos se lo hagan los padres —gruñó Isra en un comentario más propio de un adulto que de una adolescente de quince años.

—Un colega de Basilea me ha dicho que enviarán los boletines directamente a casa —dijo David, que se estremecía con cada ráfaga de viento—. ¿Te imaginas a tus padres leyendo todo tu historial, cada mensaje que has enviado por el chat del grupo de clase? Qué bochorno.

—Creo que Mo tiene razón —respondió Mila, pensativa, mientras se retorció unos mechones de cabello rubio entre los dedos—. Zeit Bright no debería disponer de toda esa información —sentenció antes de refugiar las manos bajo la cálida bufanda de lana.

Al oír su nombre, Mo se unió a la conversación.

—¿Lo ves, Isra? Por fin alguien me da la razón.

Isra reflexionó durante un momento. En realidad, Mo tenía razón sobre muchas cosas. Era crítico y protestón, desde luego; pero sabía más sobre tecnología que cualquiera de ellos. Era insólito usar un reloj holográfico cada hora del día sin saber cómo funcionaba.

—Tal vez deberíamos darle una oportunidad a la aplicación de tu hermano —susurró Mila.

El pequeño disfrazado de murciélago alzó el farolillo cada vez más y más alto, hasta que el péndulo casi dio una vuelta completa. Cuando se echó a reír, la maestra, una mujer rígida y severa, lo regañó de inmediato.

Era el único niño que iba disfrazado, así que a Mila se le encogió el corazón cuando vio que la llama de su farolillo se apagaba con el viento. Tenía quince años, era mayor y sabía muchas cosas; pero no podía evitar sentirse identificada con él: sola, insegura y obligada a crecer deprisa. Con suerte, se haría más fuerte con el tiempo. Solo nos dejan ser niños durante un suspiro.

David

Las llamas en el interior de los farolillos que había colocados sobre los escalones del porche resplandecían con actitud amenazante; las sombras que

proyectaban en forma de estrella y otras figuras deformes daban al entorno un tinte siniestro. Puede que fuera el horrible y persistente dolor de cabeza, pero le pareció escuchar cómo una familia que estaba a su lado hacía comentarios mofándose del disfraz de murciélago de uno de los niños. Decían que «desentonaba» con el resto.

Frunció el ceño. No entendía bien el dialecto suizo. A pesar de que su lengua materna era el alemán, le costaba comprender a los locales. Hacía tan solo unos días había pasado por una situación embarazosa cuando quiso pedir un cruasán de mantequilla con Nutella en el mostrador cibernético de una panadería cercana a su apartamento. Al parecer, en la Suiza alemana a eso se le llamaba *gipfeli*. Si no fuera porque la academia Red Bull de Salzburgo (Austria) estaba a punto de ficharlo para la Flying Footballer, la liga juvenil de fútbol, se esforzaría un poco más. Nunca había sido un chico perezoso, pero este país ni siquiera tenía un puesto entre los quince mejores equipos de la FIFA. No tenía sentido aprender un dialecto nuevo cuando necesitaba todo su tiempo para entrenar duro y estudiar rivales.

El joven futbolista dejó de prestar atención a aquella conversación y dirigió la mirada a sus amigos.

—¿Qué crees que aparecerá en tu boletín? —preguntó a Mila.

La chica se encogió de hombros con despreocupación y bajó la mirada a su reloj digital mientras daba sorbos a una sidra caliente. David también bajó la vista al suyo. Cuando el sistema de reconocimiento facial lo escaneó, entornó los ojos.

—Me encuentro fatal —dijo en voz baja.

—Sí, David. Es porque tienes una conmoción cerebral —apuntó Mo.

—¿Qué?

Por un momento, a David le pareció ver proyectada una notificación de Zeit Bright, pero solo era el destello fugaz de un farolillo ondeándose al viento. El icono negro del reloj de arena permanecía inmóvil.

A su lado, Mo dejó escapar un suspiro de hartazgo:

—¿Por qué nunca me hacéis caso? Si te molestases en descodificar los datos de la Aplicación de la Salud y el Bienestar de tu reloj, verías que has sufrido una conmoción cerebral durante el partido de esta mañana. Como no encriptas nada, yo puedo verlo todo. No es tan difícil; solo tienes que...

Lo interrumpió un grupo de madres, que cuchicheaban y reían mientras contemplaban el desfile.

—Vale, vale —dijo David—. Eres un magnífico jáquer; lo pillo.

—David, cualquiera puede entrar en...

—Que sí, que sí... —Dio por finalizada la conversación con un gesto disuasorio de los dedos—. Avísame cuando consigas piratear el Tutor Squad, así no tendré que pagar por la suscripción.

Los padres de David habían prometido que todo iría bien, pero ya habían pasado dos años desde que se habían mudado a Zúrich y la situación no mejoraba. Aunque había hecho muchos amigos, en Suiza David seguía sintiéndose fuera de lugar, como un barco a la deriva. Las clases eran demasiado difíciles y nunca llegaba a lo que se esperaba de él. Devolvió la mirada al reloj inteligente.

Mo

A medida que las calles se abarrotaban, el grupo de amigos tenía que luchar con más ahínco contra la horda de mujeres que se abría paso a empujones para ver de cerca las procesiones. Los mismos que antes les habían regalado espacio para mantenerse alejados de ellos, ahora los empujaban desde atrás, obligándolos a mantenerse firmes para poder ver aquel escenario de cuento de hadas por encima de las cabezas de la multitud, que no paraba de expandirse. Eso por no hablar de los golpecitos «accidentales» en los tobillos que las mamás asestaban con los cochecitos de bebé y que disculpaban susurrando un cursi *entschuldigung* ('lo siento' en alemán).

La luz titilante de los farolillos era hipnótica y, durante unos minutos, Mo se olvidó de cualquier preocupación. Asestó un codazo cariñoso a David a la vez que señalaba uno de los farolillos.

—Ese de ahí parece el culo de un gato —soltó a bote pronto.

Los dos estallaron en carcajadas.

El frío aire de noviembre permeaba la piel de Mo como una masa oscura y gélida. Tiró de las orejeras del sombrero de lana para calentarse la nariz. Ajenas al mal tiempo, algunas madres asestaban golpecitos con nerviosismo a las varillas de las gafas de última tecnología, ansiosas por inmortalizar el desfile de sus pequeños calle abajo. Mo agachó la cabeza y esperó que la penumbra mantuviese sus facciones a salvo de cualquier cámara. No le gustaba la libertad con que la gente podía sacar fotos. ¿Acaso no sabían que gracias a ello las empresas hacían un seguimiento exhaustivo de la población?

Mo era muy ahorrador: nunca se compraba nada de comer cuando salía con sus amigos, aunque eso también se debía a que los suizos colaban carne de cerdo hasta

en el *rösti*, un plato tradicional hecho a base de patatas. Aquí todo se cocinaba con grasa de cerdo. Era consciente de que había un registro exhaustivo con todos los billetes de tren, de autobús, y de las notas que sacaba en el colegio. Cada cantón operaba desde las sombras con el Departamento de Educación Pública, una institución que, por medio de contratistas, recopilaba la información privada de los estudiantes, desde Aarburg hasta Zúrich. Mo continuaba pidiendo a sus amigos que utilizaran la aplicación que había diseñado, pero a ninguno parecía importarle.

De pronto, un desconocido chocó contra él con brusquedad. Mo se giró para disculparse, pero el hombre siseó con hostilidad:

—Descúbrete la cara si no quieres que la gente piense que estás tramando algo.

Antes de que pudiera responder, el extraño ya se había diluido entre la masa de suecos altos y corpulentos. El joven miró a su alrededor: muchas personas llevaban pasamontañas o bragas para protegerse del frío. Aquel comentario tan injusto hizo que bullera de ira por dentro.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Isra dándole un codazo cariñoso.

Por un momento, a Mo le pareció que su hermana había presenciado la escena. Al menos no era el único turco por allí. Quizá por eso sus padres insistían en que fueran juntos a todas partes. Entonces, Isra rio con suavidad.

—Sé que no son tan llamativos como las calabazas, pero ¿no te parecen bonitos? —añadió suspirando con nostalgia.

Mo permaneció inmóvil, sacudido por la desolación y la tristeza. No quería que Isra lo percibiera en sus ojos, así que se apresuró a girar la cabeza hacia el otro lado.

—Mmm... —respondió con un hilo de voz.

Isra continuó hablando, ajena al acto de violencia que su hermano acababa de sufrir.

—Todo esto me ha despertado unas ganas tremendas de comer *bal kabaği sinkonta*.

—Sí, aunque dudo que ese pastel al horno quede bueno si lo preparas con nabo —bromeó con una sonrisa forzada.

Después centró de nuevo la atención en el desfile. El niño disfrazado de murciélago le había dado una idea.

Parte II

Isra

—Mila, ¿puedes acompañarme a Migros? —pidió con timidez.

Con las mejillas sonrosadas, se preguntó si su amiga se reiría de ella por querer comprar una de aquellas maravillosas hortalizas. Le parecía tan divertido tallar su propio farolillo. Imaginó las magníficas alas de mariposa que grabaría en la cáscara. Ya dibujaba en la mente las líneas curvas que darían el aspecto de estar a punto de batirse.

—Necesito comprar una cosa —añadió.

—¡Oh, vaya! —respondió Mila, que creía saber lo que Isra necesitaba.

Su amiga también tenía las mejillas brillantes, pero el tono rojizo no se debía a la vergüenza, sino al frío.

—Qué pena que no haya traído el monedero.

Antes de que Isra tuviera tiempo de procesar lo que estaba ocurriendo, Mila ya se había enganchado a ella del brazo y gritaba a los chicos que no hacía falta que las acompañasen.

—¡Te escribo más tarde! —se despidió de su hermano.

—¡Por favor, no! —gritó Mo.

Isra puso los ojos en blanco.

El supermercado estaba oscuro. Pero cuando las dos amigas pasaron por debajo del letrero naranja fosforescente de Migros, las luces automáticas resplandecieron con tanta intensidad que no quedó una sola sombra con vida entre los amplios pasillos. Después de una noche disfrutando del cielo nocturno, solo iluminado por los suaves tonos anaranjados de las llamas de los *räbenlichter*, la agresiva luz artificial del supermercado vacío era casi insoportable.

—¿A dónde vas? Los tampones están por allí —dijo Mila mientras arrastraba a su amiga hasta la sección más alejada del escaparate, en cuyas estanterías se alineaban unas cajitas azules.

Una cancioncilla alegre y sin personalidad les llegaba a través los altavoces de la tienda, solo interrumpida por los anuncios de productos cuando pasaban frente a un expositor.

—No he venido a por tampones —confesó en voz baja—. A mí no me baja la regla, Mila.

Isra miró a su amiga, intentando averiguar si por fin la había entendido. Llevaban varios minutos paradas en la sección de frutas y verduras. El expositor ya se había quedado en silencio. Al parecer, los productos frescos no necesitaban mucha publicidad.

—Oh. Entonces, ¿por qué hemos venido? —preguntó, un poco azorada.

—Quería comprar un nabo para el Räbeliechtli, pero se han agotado —Isra contuvo una lágrima que amenazaba con derramarse—. Me daba vergüenza; sé que tallar un *räbenlichter* puede parecer infantil...

—Isra, eres mi amiga. Nunca te juzgaría por algo así —repuso Mila con cariño—. Me parece un detalle muy dulce, aunque sea una tradición suiza. —Rio con suavidad—. A veces también hacemos los farolillos con papel —explicó mientras cogía una bolsa reciclada de color marrón de una estantería donde reposaban platos desechables—. Quedan igual de bonitos y resulta más sencillo. Tallar los nabos puede convertirse en todo un reto.

Isra asintió.

—Ese niño se había hecho un corte en el pulgar —dijo—, pero ninguno de los otros tenía un solo corte. ¿Y sabes qué?

Mila esbozó una sonrisa cálida.

—¡Los padres sí! Tenían las palmas de las manos llenas de heridas.

Las dos prorrumpieron en carcajadas.

—Es increíble que los padres tallen los farolillos de sus hijos. Mi tío me obliga a hacerlo todo por mí misma —repuso Mila.

Isra recordó que tenían mucho en común. Como hija de un matrimonio inmigrante, a menudo hacía de intérprete para ayudar a sus padres a entender a los banqueros o los dependientes de las tiendas. En realidad, desde que se habían mudado, los papeles de padre e hijo se habían invertido. Apenas tenía oportunidad de relajarse y ser una niña.

—Siento haber asumido... —empezó Mila—. Estabas tan roja que... —Su voz se deshizo a medio camino.

Guardó silencio, sin saber muy bien qué decir.

—Me siguen llegando anuncios de tampones, y eso que no los necesito —dijo Isra—. Parece que no lo saben todo.

Las dos chicas bajaron la vista a los relojes, cuyas pantallas resplandecían ofertando diferentes productos para la menstruación.

—¡Es verdad! También iban a incluir nuestro historial médico en los boletines —exclamó Mila.

Isra asintió.

—He pensado en ello durante las últimas semanas —admitió.

Cuando Zeit Bright anunció que publicaría aquellos boletines con información delicada sobre cada menor en Europa, a Isra se le asentó una especie de bola de ansiedad en el estómago, pero también un cierto alivio. Una parte de ella quería salir del armario, hablar sobre su situación con naturalidad; pero si continuaba recibiendo anuncios sobre la menstruación era porque Zeit Bright aún no sabía que era una mujer transgénero. Al fin y al cabo, muchos de sus profesores tampoco lo sabían.

—Me pongo mala cada vez que vibra. Siempre incitándome a que compre algo —se quejó Mila.

—No lo había pensado así —admitió Isra—. Para mí es agradable; como un amigo que siempre está ahí para darme un consejo. De no ser porque me saltó este anuncio, nunca habría sabido que el chocolate Cailier es mucho mejor que el Läderach.

—¡Puaj! —repuso Mila—. Ni siquiera menciones ese nombre. Cuando mi tío se casó, los muy idiotas lo despidieron.

—¿A tu tío gay? ¡No sabía que trabajaba para Läderach! Menuda lástima. Podría habernos traído chocolate —repuso Isra con una sonrisa de oreja a oreja.

Mila también sonrió.

—¿Cómo lo supieron?

—El fotógrafo de su boda publicó un reportaje para *Vogue Italia*, y en una de las fotos aparecían él y su marido plantando un árbol después de la ceremonia.

Isra juntó las cejas.

—¿Un árbol? ¿Es tradición en Alemania?

—En realidad, solo para algunas parejas. —Rio con desdén—. ¿Por qué? ¿Ya estás planeando tu boda?

El calor volvió a agolparse en las mejillas de Isra. En verdad, había creado un *collage* holográfico para ese día tan especial, además de hacer una lista de canciones y otra de invitados. Presentía que su amiga, que siempre tenía preparado un discurso sobre el patriarcado, estaba a punto de darle un sermón que acabaría con el buen rollo.

—Si te casas, no serás una verdadera helvecia.

Aquella palabra extraña despertó la curiosidad de Isra.

—¿Qué es eso?

Mila respondió tarareando, como si estuviese protegiendo un pequeño secreto.

—Mila, ¡vamos! Dime algo; esto no es justo. ¿Es un club clandestino? ¡Lo sabía! ¡Sabía que te traías algo entre manos! ¡Todas las tardes desapareces!

Isra escaneó el código de barras de una calabaza antes de salir del supermercado.

—Vámonos. Me contarás todo sobre ese asunto helvecio en el tren durante el camino de vuelta. Por cierto, ¿tienen camisetas distintivas o un broche exclusivo para los miembros?

Mila

Sintió una punzada de culpabilidad. Por un momento, estuvo a punto de sincerarse; pero no logró reunir el valor suficiente para confesar a Isra que se había inventado aquello solo porque le parecía interesante. Mientras caminaban de vuelta a casa, le pareció que lo más fácil sería mentir.

—Entonces, ¿cómo se sabe si alguien es helvecio?

La mente de Mila trabajaba a toda velocidad. Entonces recordó a una diosa sobre la que le habían contado numerosas historias de niña.

—Por el pelo trenzado —explicó.

—¿En serio? ¡Es genial! —exclamó Isra—. ¡Ya tengo la excusa perfecta para que me enseñes a trenzar el pelo!

David

El desfile aún no había terminado cuando el grupo de amigos puso rumbo de vuelta a la estación. La línea del S8 con dirección a Zúrich se dibujaba en el mapa de rutas con la misma sonrisa roja y amistosa que en Alemania. Nada más subir al tren le llegó la esperada notificación de SBB, una aplicación que escaneaba automáticamente el código QR del tren y se conectaba a un sistema de mensajería instantánea en el que los pasajeros podían chatear durante el trayecto. David disfrutaba de la vuelta a casa después de cada partido de fútbol: a menudo, los pasajeros se fijaban en su camiseta y se deshacían en cumplidos o comentarios de admiración en el chat grupal. Aquello hacía que se sintiera como un héroe local. Por mucho que Zúrich no fuese su ciudad natal.

Ansioso por conocer el resultado del campeonato de *hockey*, activó la función «Compartir ubicación». Se había saltado la emisión en directo porque a Mila y a Isra se les había antojado ir a ver aquella celebración de Räbeliechtli, pero quería saber

cómo habían quedado los equipos: si los Alligators ganaban, su padre prepararía algo especial de cenar.

Estaba a punto de pulsar el botón, cuando Mo lo agarró del brazo para arrastrarlo hasta el área de bicicletas. Mila e Isra también estaban allí.

—¿Has podido ver el resultado? —preguntó a Mo.

Todavía le dolía la cabeza.

—Me encanta cuando hablamos de *hockey* —irrumpió Isra—. ¡Los Red Ants son los mejores!

—¿De qué equipo eres? Déjame adivinar —empezó Mila, sonriente—. ¿Los Piranhas, los Red Lions o los Skorpions?

—Como si te lo fuera a decir. No quiero que te pases el resto del trayecto tomándome el pelo —se quejó David, hermético.

Durante un momento, el joven deportista puso un gesto adusto, el mismo que cuando los drones de las emisoras deportivas le enfocaron el rostro después de una derrota.

—Oye —dijo Isra con suavidad—. No sé si cuenta, pero yo solo me burlaría de ti fueras fan de los Wizards.

—¿Estáis hablando de *hockey*? —preguntó Mo a la vez que levantaba la vista del reloj inteligente—. David es fan de los Grasshoppers.

El joven miró a sus amigos, preparado para librar una guerra; pero ninguno parecía reírse.

—Buscaré el resultado —se ofreció Mo—, aunque me llevará unos minutos: estoy usando una herramienta de búsqueda encriptada.

—¿En serio? —lo interrumpió Isra—. ¿Búsqueda encriptada? Mo, a nadie le importa lo que buscas en Internet, y menos si lo que buscas es cómo les ha ido a los Grasshoppers en el campeonato de *hockey*.

Mo la ignoró, lo que hizo sonreír a David. A veces le gustaría tener un hermano con el que discutir.

—David, ¡buenas noticias! Parece que los mansos van a heredar el territorio —dijo Mo haciendo alusión a un pasaje de la Biblia.

—¿De qué estás hablando? —contestó David, y a continuación soltó una carcajada—. Y se dice «los mansos heredarán la Tierra». Ni siquiera he pasado el ZAP y lo sé.

Mo

A Mo le ardían las mejillas de pura vergüenza. ¿Por qué había citado un salmo de la Biblia? La religión ni siquiera le interesaba. A medida que los pasajeros invadían el tren parada tras parada, Mo se iba encerrando un poco más bajo su caparazón.

—Ey —dijo David en voz baja—. Era una broma.

Mo sonrió.

—Mila, ¡mira! —exclamó su hermana con gran entusiasmo—. ¡Acaba de saltarme publicidad sobre un bloqueador!

Las chicas ocupaban los asientos enfrente de Mo. Mila bajó la vista a la pantalla del reloj digital.

—¿Un bloqueador? ¿Te refieres a un bloqueador hormonal?

Mo escuchaba la conversación sin perder detalle y aguardó la reacción de Mila con desconfianza.

—Quiero decir... Está bien, si es lo que quieres —añadió.

Mo soltó todo el aire que había estado conteniendo. Le alegraba que su hermana por fin hubiera hecho una amiga de verdad, pero que su reloj digital la bombardease con anuncios para chicas trans no era motivo de celebración.

—Sigues creyendo que esas aplicaciones, esas compañías son tus amigas —dijo con un nudo en la garganta—. No lo son, Isra.

Al cabo de un momento, Mila contestó:

—Creo que Mo tiene razón.

—¿En serio? ¿Otra vez tengo razón? ¡Eso sí que no me lo esperaba! —apuntó con sarcasmo.

—Creo que empiezo a entender tu punto de vista —admitió Isra, un poco disgustada—. Pero sigo pensando en el reloj como un amigo porque me conoce muy bien. Aunque no lo es, ¿verdad?

Mila y Mo intercambiaron una mirada de preocupación.

—Yo soy tu amiga. Y estoy intentando conocerte mejor —repuso Mila en voz baja.

—Pero no siempre podemos vernos —dijo Isra—. Sé que Zeit Bright no es mi amigo, pero siempre está a mi lado y se adelanta a mis necesidades. Supongo que me gusta el hecho de que lo sepa todo de mí.

—Eso es lo que he estado intentando decirte —reanudó Mo, esperanzado—. He creado una aplicación encriptada que podemos usar para hablar entre nosotros y hacer búsquedas por Internet. Lo mejor es que he ajustado la configuración del reloj para que ninguna otra aplicación pueda escucharme o rastrear las búsquedas.

—¿No hay ya algo así? —preguntó Mila—. Sin ir más lejos, podemos desactivar las

cookies... o lo que sea.

—No exactamente —contestó Mo, reflexivo—. La tecnología rastrea nuestra actividad de muchas formas, no solo a través de las *cookies*. El modo predeterminado de la mayoría de las aplicaciones está configurado para compartir todos nuestros datos con cientos, a veces incluso miles de empresas, con fines publicitarios. Que Zeit Bright pueda decidir cuándo y qué datos revelar sobre nosotros sin consentimiento es alarmante.

—Un colega de Basilea me dijo que incluso conocen los programas de televisión que veíamos de niños —añadió David.

—¿Por qué les iba a importar si veía *Pingu* cuando tenía cinco años? —preguntó Mila.

—Deja que te pregunte —dijo Mo—: ¿qué episodio de *Pingu* era tu favorito?

—Uno en el que Pingu va a esquiar. Lo habré visto un millón de veces.

—Bien —empezó Mo—, pues si saben que has visto varias veces el episodio en que Pingu va a esquiar, que tu madre recibió una paga extra hace dos semanas y que tu padre buscó sitios baratos para ir de vacaciones durante este invierno, podrán vender esa información a Zalando. —Tomó aire antes de continuar—: Entonces, Zalando pagará a un personaje conocido en Instagram para que promocione unos preciosos trajes de esquí. Se asegurarán de potenciar el anuncio en función de tu género y tu edad para que aparezca en la sección de noticias. Luego, lo único que tienen que hacer es enviar a tu cuenta un correo electrónico con anuncios de botas Moon justo antes de cenar, en el momento oportuno.

—Eso parece demasiado trabajo —apuntó Isra con escepticismo.

—Tienes razón; por eso, todo este proceso está ya automatizado al máximo. Los boletines que están recopilando solo serán los casilleros donde almacenar todos los datos que han recogido sobre nosotros durante años. El problema es que, con tanta información, pueden hacer todo tipo de suposiciones. Por ejemplo, David —se dirigió a él—, tu reloj registró la conmoción cerebral que sufriste esta mañana, y si un cazatalentos del fútbol tuviera pensado ficharte...

—Ojeador —lo corrigió David.

—Si un ojeador supiera que David ha sufrido tres contusiones cerebrales este año, es probable que no quisiera ficharlo para su equipo, porque podría desarrollar un problema de salud grave mientras juega para ellos.

—Solo ha sido una —se quejó David—. Y ni siquiera la he notado.

—David, antes pensé que estabas borracho porque ni siquiera eras capaz de subir unos escalones.

David guardó silencio.

—De acuerdo —concedió Isra, molesta—. Probemos tu aplicación.

Mo levantó un brazo y cerró la mano en un puño en señal de victoria.

—Bien. Os la enviaré al reloj. Todavía no le he puesto nombre —explicó.

Cuando el tren se detuvo en la estación de metro de Haptbahnhof se le ocurrió una idea.

—¿Qué os parece Underground?

Ninguno de los adolescentes sabía qué pasaría el 31 de diciembre, en Nochevieja, cuando la ley de privacidad expirase. Ese día, toda la información personal recopilada por las empresas a través de algoritmos de diversos buscadores y aplicaciones se haría pública. Con el cambio de año caería la bola de Zeit Bright, y no solo el péndulo del gran reloj, en el casco antiguo de la ciudad. Las nuevas leyes de privacidad a las que Zeit Bright se acogía le permitían disfrazar de lícita su labor de espionaje, con pretextos como «la búsqueda controlada de información para establecer el perfil psicológico de un determinado grupo social». De ahí los test de aptitud profesional basados en mensajes de texto entre amigos o los bocadillos que a un adolescente le podrían apetecer engullir tras una ruptura amorosa. Mo pensó con amargura en el modo en que habían justificado aquella invasión de sus vidas privadas. «Os hemos hecho un favor», parecía decir Zeit Bright. Ahora el reloj digital vibraba cada pocos minutos con anuncios sobre el próximo videojuego de drones armados que saldría a la venta, la próxima apertura de una cadena de comida rápida o el modelo de zapatillas de fútbol para la próxima temporada. Con todo, a su hermana le había afectado más que a él. Era guapa e inteligente, pero la publicidad había conseguido convencerla de lo contrario, de que era fea, peluda y tenía la piel demasiado oscura. El verano pasado la había sorprendido aplicándose una base blanqueadora en el rostro. Por suerte, la empresa solo había enviado una muestra.

Entonces, Mo recordó al pequeño que llevaba un disfraz de murciélago durante el festival de Räbeliechtli. «¡Eso es!», se dijo. Los murciélagos emitían ecoseñales, ondas que se expandían hasta impactar contra los objetos y producir un eco que rastreaba el animal para orientarse o medir la distancia entre los obstáculos. Los relojes inteligentes funcionaban del mismo modo. Recibían señales de drones y otros aparatos cibernéticos, y así era como Zeit Bright conseguía desactivar su bloqueador de anuncios. Si encontraba el modo de inhibir todas aquellas señales, el titán empresarial no podría comunicarse con su reloj. Sería como una jaula de Faraday.

Parte III

Isra

Introdujo los botones bordados a mano en la mochila de montaña. Desde esta mañana, sostenía un sobre sin abrir. No se atrevía a guardarlo dentro de la mochila o el bolsillo. Lo llevaba en la mano desde que un dron mensajero lo había traído a primera hora. Una miríada de padres y adolescentes hacían cola frente a los drones mensajero. Impacientes, algunos incluso abrían los boletines allí mismo. En cambio, Isra, Mila y David tenían otros planes.

Mila

Era principios de enero, así que el bosque ya estaba cubierto por un manto espeso de nieve. Aun así, reconoció el lugar. Había pequeños agujeros donde los niños a veces encendían fogatas, y en la nieve todavía quedaba algún rastro de sus juegos. Se sentó sobre un tronco húmedo, alejada de los árboles.

La tecnología ya rastreaba todos sus movimientos cuando era pequeña, pero todavía disfrutaba de cierta privacidad. Recordó a sus queridas muñecas Marni Macaroni, con las que podía hablar en todo momento y cuya compra incluía una generosa caja de pasta de Migros. Si decía «estoy aburrida», la muñeca enseguida respondía «¡vámonos de compras!». Por aquel entonces, los juguetes aún no grababan conversaciones con los niños o sus familias con el fin de subastarlas entre las grandes empresas. Hoy por hoy, si una niña confesaba a una Mini Marni que estaba aburrida, la muñeca subiría aquella información a una nube para subastarla al mejor postor. Acto seguido, se asegurarían de despertar un sentimiento de culpabilidad en el entorno más cercano de la pequeña. Así, sus profesores del colegio recibirían anuncios sobre costosos cursos de formación para aprender a manejar a niños con problemas de atención, y a los padres se les animaría a comprar una Mini Marni extra. En otras palabras, las compañías utilizarían aquel sentimiento de culpa para promover las ventas y generar más beneficios.

—¡Por fin te encuentro! —irrumpió Isra.

Mila levantó la cabeza.

—He traído un regalo para nuestra primera reunión con las tribus celtas.

La culpa carcomía a Mila por dentro.

—Isra, tengo que decirte algo. En realidad, no hay ninguna aldea helvecia secreta. Me lo inventé porque sonaba interesante.

—Lo sé. —Isra soltó una carcajada que a Mila le retumbó en los oídos—. Sabía que todo era invención tuya, pero ahora somos una sociedad secreta, o algo parecido, así que quería traer algo. Verás —continuó—, he hecho unas insignias —explicó mientras le mostraba los botones.

Tenían una H bordada en el centro, sobre un fondo entretejido en tonos azules y rosas.

—Sé que no te gusta el rosa; espero que no te importe que haya usado un poco.

—Aquí estabais —las saludó David.

Mo caminaba detrás de él.

—Esperad un momento... —dijo, alarmado—. ¿Qué estáis tramando?

Mila esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

David

—Sabemos que estás en contra de quemar los boletines —empezó—, pero hay que hacer algo. Vamos a hacer un *zoombooming* durante la videoconferencia que transmitirá la rueda de prensa de Zeit Bright. Nos colaremos y todos podrán ver en directo cómo quemamos los boletines.

Mila encendió un portátil.

—He utilizado mi reloj para establecer un punto de conexión segura, así que nos conectaremos a 7G —explicó.

—Yo también he ayudado —añadió Isra mientras se retocaba el pintalabios frente al espejito de bolsillo—. Parece que el talento para la tecnología nos viene de familia. Por cierto, Mo, también he traído tu boletín; por si cambiabas de opinión.

David alineó varias piedras alrededor de la hoguera y dejó una pala al alcance de la mano por si las llamas se extendían.

—Se nos ocurrió la idea la semana pasada, durante uno de los webinarios del señor Keller. Dijo que estaba deseando recibir nuestros informes para comprobar quiénes hacían los deberes y quiénes compraban las actividades ya hechas en la página de Tutor Squad. Después explicó que tendríamos que entregar un ensayo de trescientos *kilobytes* sobre la eliminación de las tarjetas LGBT que tuvo lugar durante la primavera de 2025. Ah, y todo para este fin de semana.

—Ah, sí. Me acuerdo —dijo Mo—. Necesitaba algo de dinero extra para una de las

actualizaciones que quería incorporar al reloj, así que...

—Te refieres a una de tus actualizaciones «antisistema», ¿verdad? —Rio Isra.

—Sea como fuere, en Tutor Squad pagan lo suficiente para comprar un poco de papel de aluminio. —Mo sonrió.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que el texto que había comprado en Tutor Squad lo habías escrito tú! —exclamó David—. No se lo digáis al entrenador, pero tuve que elegir entre practicar para impresionar al ojeador que vendrá a vernos durante la liga o escribir esa redacción soporífera.

—¡David! —lo reprendió Mila.

—¿Qué? No tuve tiempo de leer sobre el tema y sabía que me darías la murga con la historia de la eliminación de las tarjetas de todas formas.

—David tiene razón —dijo Isra entre risas—. Escribí doscientos *kilobytes* solo tecleando lo que despotricabas durante el trayecto en tren de vuelta a casa.

—No quiero interrumpir —intervino David—, pero ya está todo listo.

Dicho aquello, Mila estableció la conexión.

Mo

—Tengo varias preguntas —empezó.

Su hermana soltó una carcajada.

—Es muy tarde para eso —respondió—. ¡Estamos dentro!

—No esperaba que tú fueras a...

Mo no pudo terminar la frase. Estaban en directo y, antes de que pudiera parpadear, sus amigos ya habían prendido fuego a los boletines. A continuación, Mila, enfervorecida, gritó un discurso a la cámara web.

A Mo le pareció que el papel estaba hecho de material inflamable porque, al cabo de unos segundos, no quedó más que un pequeño montón de ceniza.

—Bien. Ahora que habéis terminado... —La formidable mujer que se erguía al otro lado de la pantalla retomó la palabra—. Debéis saber que estáis silenciados.

Mila e Isra intercambiaron una mirada de puro bochorno.

—¿Me escucháis?

La mujer llevaba un elegante traje rojo y los labios pintados de un delicado color rosa palo.

Mila, David e Isra permanecieron de pie, incómodos y sin saber qué hacer. Mo dio un paso al frente y activó el micrófono antes de tomar la palabra:

—Sí, la escuchamos.

Tenso, hizo una pausa; luego, añadió:

—Protestamos contra la difusión de los datos personales de los jóvenes a través de los informes de Zeit Bright —explicó al fin.

Odiaba ser el centro de atención.

—¿Quemándolos? Sabéis que contamos con copias digitales, ¿verdad? —rebatía la mujer con tono condescendiente y una chispa de diversión en los ojos.

—Sí —respondió Mo, envalentonado—. Podríais empezar por identificarnos y publicitar nuestros datos.

—En ello estaba —dijo la mujer.

Mo se fijó en que su nombre era Madeline. Estaban tratando nada más y nada menos que con la ejecutiva más importante de Zeit Bright.

—Adelante —la invitó Mo—. Empezce por David.

Los ojos de David, empequeñecidos por el pánico, recayeron en su amigo.

—Mo, el director de la FIFA asiste a la rueda de prensa —le recordó con voz estrangulada—. Forma parte del club de accionistas de la empresa.

—Aquí estás —dijo Madeline con la atención fija en la tableta que reposaba sobre el escritorio—. David Müller: un joven de quince años al que le gusta el brillo de labios y toma tres sobrecitos de galletas Belvita los sábados, además de bloqueadores hormonales.

David, confundido, miró a su amigo. Luego comprendió lo que Mo había hecho.

—Sí —continuó—. Tengo a David aquí mismo. ¿Le parece que coincide con su descripción?

Esta vez, Madeline tropezó con las palabras.

—Pues... —empezó, dubitativa—. Supongo que no.

—Empaquetáis nuestros datos en papel de regalo y los vendéis al mejor postor, pero no os dais cuenta de que somos personas. Puede que no seamos adultos, pero seguimos siendo seres humanos. Y merecemos privacidad. Todo el mundo la merece.

Una de las asistentes de Madeline se acercó para susurrarle algo al oído. La gran ejecutiva arqueó las cejas.

—Hace alrededor de un mes descubrí cómo bloquear el seguimiento del reloj digital. Empecé cubriéndolo con unas cuantas capas de papel de aluminio. La jaula de Faraday, aunque casera, detuvo las señales. Los últimos datos que tenéis sobre mí son la prueba que necesitaba. Por desgracia, no pude convencer a todos mis amigos para que también envolvieran sus relojes con papel de aluminio. He de admitir que el aspecto no es demasiado elegante.

Isra, que estaba a su espalda, asintió para apoyar a Mo.

—Así que tuve que pensar en otro modo de protegerlos. Resultó bastante sencillo cambiar la posición de los nombres en vuestra base de datos. Si un chico de quince años puede jaquearos, quizá deberíais contemplar medidas de seguridad más estrictas.

—Sin duda, una lección que no olvidaré —respondió Madeline, no sin malicia—. Nunca pensé que a la gente joven le importase tanto su privacidad. Puede que os haya subestimado.

Mo esbozó una sonrisa antes de cerrar la pantalla del ordenador. Entre sollozos, Isra lo abrazó con fuerza, y David y Mila se unieron a ella.

—En realidad, a mí también se me ocurrió la idea a raíz del ensayo sobre la quema de tarjetas de identificación LGBT —dijo Mo—. Los manifestantes quemaron sus informes en señal de protesta; pero la policía los arrestó enseguida porque no habían ocultado su identidad. Siempre pensé que hubiera sido más inteligente que hubiesen cambiado los nombres de las tarjetas, para señalar a los hipócritas que permiten todo esto. Si los políticos responsables sintieran en sus propias carnes el efecto de las leyes que aprueban quizá no habrían tardado diez años en sacar adelante la ley de caducidad de la privacidad.

Parte IV

Vestidos con la equipación de su club y con el rostro pintado de los mismos colores, los cuatro amigos tomaron asiento en las gradas. Ante ellos, una escasa multitud, la mayoría familiares de los jugadores, se repartía por el estadio. Su equipo preferido de *hockey* iba a perder el Campeonato, pero a David no le importaba. Le alegraba poder disfrutar del partido junto a sus amigos. Engulló los boniatos asados que había comprado en el puestecito de comida y se frotó las manos en un intento de calentarlas bajo los tenues rayos del sol de principios de primavera.

Después de una larga jornada de prácticas en Zeit Bright, Mo estaba agotado; pero también se sentía feliz y realizado. Trabajar codo con codo con Madeline era un auténtico privilegio, y gracias a ello había conseguido estas entradas exclusivas. Desde el incidente de la rueda de prensa, Madeline se había esforzado por replantear el tipo de información que se podía recopilar y cómo debía compartirse, asegurando la transparencia del proceso. Zeit Bright incluso había decidido incluir a varios jóvenes en el grupo de asesores de la empresa, y Mo fue uno de los primeros fichajes. Ahora formaba parte de un equipo profesional que cooperaba con organismos gubernamentales, organizaciones defensoras de los derechos digitales y la industria tecnológica. El fin era proteger a los usuarios de las nuevas tecnologías y avanzar hacia formas más éticas de generar beneficios, siempre con el foco puesto en el factor humano.

Le llegó la risa de Mila e Isra, que contemplaban, divertidas, las pegatinas holográficas con forma de mariposa que llevaban en las palmas de las manos. Las habían creado con la función escáner de su reloj y estaban deseando ver la cara que pondrían David y Mo cuando probasen la aplicación ellos mismos. Esta aplicación había salido del concurso local de tecnología para jóvenes innovadores, y Mo hizo todo lo posible para convencer a Zeit Bright de que hiciera gratuito un software tan divertido.

—¡Decid «patata»! —exclamó Isra mientras levantaba el brazo para hacer una foto con el reloj digital.

David alzó la cabeza con una sonrisa. Al instante, la aplicación lo transformó en una pequeña hormiga roja.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Mo, arrebatándole el reloj a Isra—. ¡Es una pasada!

Mo estaba impresionado. Algo así solo era posible gracias a la tecnología *open source*. Incluso su hermana, que no era una enamorada de la tecnología, había sido capaz de crear un juego divertido e inocente gracias al código abierto.

—Mila me ha ayudado. No estábamos seguras de qué equipo queríamos apoyar durante el partido, pero al final nos decantamos por los Red Ants.

—Sí; me pareció que serían el equipo perfecto para nosotros. Pequeñas pero poderosas. —Mila sonrió.

Los cuatro amigos se echaron a reír mientras se escaneaban los rostros y creaban una simulación de hormiguitas que levantaban las patas cada vez que un jugador puntuaba.

—Me pregunto si existirá un fichero público con los datos privados de los deportistas famosos. Me gustaría saber qué desayunan esos laterales para moverse tan rápido —dijo David.

—Es una buena pregunta. Ahora que tenemos a Zeit Bright de nuestro lado en lo que respecta a protección de la privacidad de los jóvenes, podríamos intentar abordar el tema de la protección de datos en adultos. Al fin y al cabo, no les vendría mal nuestra ayuda. La mayoría de los que conozco no tienen ni idea de cómo pedir un café expreso en los puestos de drones, y mucho menos de cómo evitar el rastreo en línea o qué es una *cookie*.

—Mo es un gran profesor. Le explicó a la abuela lo que era una *kurabiye* ('galleta' en turco), y lo entendió enseguida.

Mo e Isra intercambiaron una sonrisa de complicidad.

—Madeline dijo que nos había subestimado. Puede que a nosotros nos pase lo mismo con nuestros padres. Pero todavía tienen tiempo de aprender. Sobre todo si conseguimos que el grupo de asesores de Zeit Bright se ponga de nuestra parte.

—Me parece bien. Pero creo que podemos esperar a que mi padre contrate ese viaje para esquiar en la nieve inspirado en *Pingu* —apuntó Mila, y guiñó el ojo a Isra con complicidad.

Epílogo

—... es cierto que ese año la novia no pudo tallar un farolillo para Räbeliechtli, pero nos aseguramos de que pudiera quemar aquellos informes —explicó la dama de honor durante el discurso del brindis, con la mirada anegada por lágrimas de felicidad—. Desde entonces, los cuatro hemos continuado siendo amigos durante los últimos veinte años. ¡Ya era hora de que estos dos se casaran! —concluyó Mila, dirigiendo una mirada de cariño a David y a Isra.

La multitud rio con suavidad.

—Sea como fuere, ¡vivan los novios! ¡*Zum Wohl!*!

David e Isra hicieron chocar las palas y, acto seguido, empezaron a cavar el hoyo donde enterrarían las raíces del joven árbol que había detrás de ellos.

Un hombre atractivo y de cabello oscuro dirigió una mirada de reprobación a uno de los invitados.

—Hoy nada de fotos —dijo mientras le guardaba las elegantes gafas en el bolsillo del traje.

El jefe del Departamento de Privacidad de Zeit Bright se alisó la corbata.

—Estoy de acuerdo con mi hermano, pero no se lo digas —Rio la novia a la vez que dejaba la pala.

Unos largos mechones de cabello oscuro se escaparon de la trenza de Isra, confiriéndole un aspecto libre y salvaje.

—Disfrutemos juntos de este momento. Del presente.

¹ Expresión del alemán que significa 'brindar'.